Quiero fúbol

El pasado miércoles caminaba yo descoyuntado por dentro. La condición humana, ya se sabe: despeñarse por los barrancos de la duda, de la indeterminación; el miedo a no ser amados lo suficiente; la angustia de caminar a tientas sobre los escombros de mil sistemas de verdades.

De pronto un coche se detuvo y tocó esta musiquilla con su claxon: “Pa-pa-papapá-papapapa-papá.” Y a los pocos segundos atronaba el grito de guerra de un joven que salía de su casa riendo. En el vehículo le esperaban sus amigotes, que también reían como nunca fueron capaces de reír Kant o Schopenhauer o Kierkegard. Los cofrades se habían citado para compartir el espectáculo de la Final de la Copa de Europa de Fútbol.

Seguí paseando. Al principio me sentí reconfortado inyectándome el discurso de que el fútbol es el nuevo opio del pueblo, el sustituto de los dionisíacos ritos de la guerra, que las pasiones que despierta forman parte de lo más soez y deleznable de nuestro espectro emocional, que las personas verdaderamente evolucionadas, las cultas, las ilustradas, no se sienten cómodas siendo digeridas en el flatulento estómago de las masas. Pero poco a poco fue llenándose mi mundo con las nieblas del nihilismo, con la duda, con la puta duda que impide abrir bien las piernas para tener una relación sexual satisfactoria con algún modelo de mundo. Aquella noche de miércoles yo no disponía de Dios, no creía en la vida después de la muerte y eso me impedía comunicarme bien con mi padre (al que echaba terriblemente de menos), tampoco creía en la Ilustración (en eso de que cuanto más se sabe más feliz y bueno se es), y, sinceramente, sentía dolor. Mientras tanto, millones de seres de mi especie vibraban de simplicidad viendo el fútbol.

Cuando llegué a mi casa no pude escribir nada porque en la lejanía retumbaban cañones de guerra. El Real Madrid había ganado la Copa de Europa de Fútbol. ¡Dios mío! ¡Qué noticia! Quise ponerme muy contento, saltar por los pasillos, echarme las manos a la cara, pero no pude.

A la mañana siguiente decidí iniciarme en la fe del esférico y fui a un kiosco para comprar prensa deportiva. Pero vi un sobre de Pokemon y pensé que, ya puestos a escoger religión, aquella me permitiría pasar buenos ratos con mi hija y con sus compinches.